

La Novela Cinematográfica

: TORRES 25 (G.) — BARCELONA :

SEGUNDA EPOCA-

— NUMERO 9

La Isla de los barcos perdidos

Interpretada por MILTON SILLS

Exclusiva Vilaseca y Ledesma



Dispuesto ya para zarpar el hermoso trasatlántico «Reina», anclado en San Juan de Puerto Rico vió con sorpresa, desde el puente de dicho buque, el procurador Ranfre, avanzar por cubierta al inspector Jacquet conduciendo a un prisionero convenientemente esposado.

Ranfre, picado por la curiosidad, inclinóse sobre la barandilla y en seguida exclamó:

— ¡Havard! ¡Ha caído de nuevo en poder de la justicia Francisco Havard!

El procurador, impaciente por divulgar la inte-

resante noticia del proceso por el cual se condenó a Havard—convicto y confeso de asesinato—, descendió del puente y fué a reunirse con su esposa y una linda viajera.

—Tenemos un prisionero a bordo—dijo.

—¡Por Dios, señor Ranfre!—expresó la rubia Dorothea Fairfax—. No nos intranquilice usted...

—¡Y un prisionero distinguido! El tristemente célebre Francisco Havard, a quien acabo de reconocer.

—¡Havard?—preguntó la esposa del procurador.

—Sí. Ese prisionero que acaba de conducir aquí Jacquet, era oficial de la Marina americana. En cierta ocasión, su barco hizo escala en Puerto Rico y Havard aprovechó la estancia en la isla para casarse en secreto con una joven de humilde origen, pero hermosa como un sol. Poco tiempo después, perdida la ilusión, el marino abandonó a su compañera, y ésta se fué a Nueva York... Pasó el tiempo. Un día el marino, recibió un anónimo asegurándole que su mujer le traicionaba faltando a la fe que habíale jurado, y Havard, que supo, por el mismo misterioso mensaje, el domicilio de su esposa, dirigióse en busca de la adúltera, y, así que la tuvo al alcance de sus manos, la estranguló...

—Espantoso!—exclamó la señorita Fairfax.

—Muy interesante!—dijo la señora del procurador.

—El asesino—continuó Ranfre—fué capturado apenas cometió su nefando crimen, y, juzgado inmediatamente, se le condenó á muerte. Pero el reo logró escapar del calabozo donde quedara encerrado.

Ranfre, a quien parecía no interesar el giro que habíase dado a la conversación, se dirigió en busca del comandante del «Reina», para significarle su

disgusto por haber admitido en el barco a un criminal tan abominable como el fugado del presidio de Sing-Sing.

—Pero ¡cómo consintió usted en que tomara paseo en el buque ese feroz Havard?—dijo el magistrado.

—Yo no sé nada, señor—hubo de responder el consultado—. Vea si puede informarle el comisario... Yo no sé nada...

Ranfre supo por el segundo de a bordo que, en efecto, Havard, capturado hacía pocas horas se hallaba en el barco.

—Y ¿dónde quedó el criminal?

—Encerrado en un camarote de segunda clase, y estrechamente vigilado por el inspector Jacquet.

—Si le custodia ese perro policíaco, nada, desde luego, hay que temer.

—¿Dicen que confesó su delito?

—Por el contrario, negó siempre, jurando no haber visto jamás, antes del crimen por otro cometido—según él—a la mujer que aparecía como su víctima.

—¿Y cómo explicó la circunstancia de haber acudido allí?

—Tuvo la osadía de afirmar que fué citado por ella... ¡Bien se defendió, en verdad. ¡Pero todo inútil! Fueron tan abrumadores los cargos hechos por la acusación fiscal, que el asesino se desalentó.

—Hasta negaría haber contraído matrimonio con la mujer a quien asesinó...

—¡Todo! Nególo todo, asegurando que se le tomaba por otro. Sin embargo, innumerables testigos

declararon haber visto a Havard, distintas veces, con la que resultó su víctima.

El comisario tuvo que suspender la conversación. Era la hora de partir, y el buque debía ponerse en marcha sin perder tiempo.

—Ya tendremos ocasión de hablar más tarde de este asunto—dijo.

Y se despidió del magistrado Ranfre.

* * *

El buque surcaba, majestuoso, la inmensidad azul.

Ocultábase el sol—hostia de fuego—y soplaba con fuerza un aircillo húmedo.

Las palabras de la señora Ranfre y, principalmente, la noticia que, procedente de Nueva York, acogiera el periódico portorriqueño, la habían inquietado un poco.

Dos o tres veces leyó el telegrama que a ella se refería, lanzado a la publicidad no sabíase por qué motivo:

«La señorita Fairfax, hija del multimillonario que se dedica a la construcción de vías ferreas, es esperada en Nueva York, a donde llegará la próxima semana, para ocuparse de los preparativos de su boda con el oficial de la Marina señor Lantine.»

No decía más el periódico; pero Dorotea supuso que quien había hecho pública la noticia de su enlace, estaba bien informada.

Conocía, efectivamente, la hija del multimillonario Fairfax a la persona designada no sabía por quién, que había hecho su esposa. Hasta diría que simpatizó con aquel señor Lantine, de quien esperaba, sobre todo después de conocido el desenlace del proceso Havard, que solicitase su mano.



—¿No ve usted?

Pero ningún paso en tal sentido, al menos que ella conociera, se había dado.

Por otra parte, Dorotea, no estaba muy inclinada a contraer matrimonio y menos, con Lanvine, el camarada del prisionero que por una rara coincidencia viajaba en el mismo buque.

Aquel Havard, sin saber por qué, inquietaba a la encantadora rubia. ¿Le temía? ¿Le odiaba?

Y pensando que aquel hombre al que no sabía si compadecer o execrar, el mismo que fué amigo de Lanville, y en cuya inocencia había creído a ojos cerrados su padre, viajaba en el «Reina», estaba allí, muy cerca de ella, sintió aumentada su zozobra, aunque sin causas poderosas que la justificasen.

La noche avanzaba, enfurruñábase el mar, y Dorotea, parecía abismarse cada vez en profundas meditaciones...

De pronto parecióle oír ruido de pasos, y, volviendo el rostro, vió de pie, a su lado, al comisario.

—Muy buenas noches, señorita —dijo, saludándola el marino—. ¿Está usted mareada?

La joven respondió en tono poco amable:

—No; yo nunca me mareo.

—Todo el pasaje tiene conocimiento de la amistad que unía al oficial de Marina, Haverd, prisionero en este buque, con su prometido el señor Lavine.

Dorotea no pudo evitar un gesto de disgusto, y el comisario añadió:

—Si le interesa ver de cerca al... amigo de su futuro esposo, no tiene usted más que decírmelo. El inspector Jacquet no puede negarme nada.

—Gracias, señor Prigne. Ningún interés tengo por ver al prisionero a quien, además, no ha de resul-

tar muy agradable que se le muestre enjaulado como a una fiera salvaje...

Luego, fijándose en el mar alborotado, preguntó:

—¿Hay peligro?

—¡Oh! no; ninguno absolutamente. Lo único que puede ocurrirnos es que choquemos con algún resto de embarcación.

—¿Pero no acaban por sepultarse o disolverse los restos de los barcos hundidos?

—A veces, tardan mucho. Se han conocido escombros que permanecieron flotando en el Atlántico más de tres años, recorriendo centenares de millas. Se da también el caso de que desaparezcan en algunos meses a consecuencia de violentas tempestades, o bien, que vayan a parar al mar de los Sargazos.

—El mar de los Sargazos? Nunca le oí nombrar. ¿Dónde está?

El marino Prigne indicó vagamente hacia el Norte y después hacia el Este.

—Ahora bordeamos la parte occidental de dicho mar... ¿Ve usted todas esas algas que flotan? Pues más lejos, llegan a ser numerosas, coagulándose en una maa sólida que dificultan y hasta hacen imposible la navegación.

—Es raro.

—Nadie sabe qué aspecto presenta el centro de esa masa, pues si alguien pudo llegar hasta allí, ningún ser viviente regresó. Cuentan viejos návigan tes que hay millares de barcos, antiquísimos y modernos en dicho paraje. Se calcula que hace más de cuatro siglos, la mayor parte de buques abandonados fueron a parar a ese rincón del Océano.

Millares de esqueletos de barcos se han hundido; pero quizás sean más los que se adhirieron a la inmensa isla flotante.

—Oyendo a usted, se cree una estar leyendo a Julio Verne.

—Esa isla—continuó el comisario—está defendida por las algas, que aprietan y dominan al mar.

—¿Y usted cómo sabe eso?

—En nuestros días quedan pocas cosas en el misterio, ni en la tierra ni en el mar. Hay quien asegura que las carabelas perdidas de Colón, flotan todavía en aquellas angustiosas soledades.

La señorita Fairfax contempló estupefacta al marinero. No le suponía capaz de fantasear como había hecho.

II

El espanto se había apoderado de todo el pasaje. Se marcaba, en el «Reina», la tragedia.

Por vigésima vez, en aquella noche interminable, el capitán Banstigne penetró en el cuarto de los mapas, inclinándose sobre uno de ellos para calcular mejor la distancia.

Señalando con precisión un punto en el gráfico, exclamó:

—Aquí estamos. Gracias a Dios, podremos dirigirnos hacia el Norte sin temor alguno.

No pudo acabar la frase. El «Reina» había sido elevado a inconcebible altura, recobró su posición anterior, produciendo ruidos siniestros. Rastrilló con-

tra un cuerpo duro la quilla del buque; quedaron flotando sobre el mar las servillas, y la hélice, en el espacio, a merced de las olas, giró vertiginosamente, locamente.

El barco, no obstante, flotaba, si bien entre dos aguas, y el comandante, viendo que amanecía, murmuró:

—Si pudiéramos resistir unas horas más!

Y resistió, en efecto, el «Reina», aunque con la proa hundida y la popa en alto; pero el agua había inundado el depósito de las máquinas y amenazaba con invadir todos los compartimientos.

Los pasajeros, aterrados, se apretujaban silenciosos. El espanto había dejado mudos.

Comenzó a organizarse el salvamento, aprovisionando las tres chalupas que podían ser utilizadas, y los pasajeros y la marinería se apresuraban a embarcarse...

* * *

En aquel momento, la puerta del camarote donde quedó maniatado el prisionero Havard, fué abierta violentamente por Jacquet.

—Hemos naufragado—dijo con voz ronca el inspector—. El buque se hunde. Salga inmediatamente; pero déme palabra de honor de que no se fugará, y le quito inmediatamente las esposas.

El prisionero miró despectivamente al policía.

—¡Para qué!—musitó Havard—. Es preferible ahogarse en el mar, a ser ejecutado en la tierra.

En aquel momento, una fuerte sacudida más violenta que las anteriores, hizo temblar el barco.

Oyérone fuera gritos desesperados, que se perdieron en el vacío.

Jacquet se aproximó a Havard, y abriendo nerviosamente el candado de las esposas que sujetaban las manos del prisionero, dijo:

—¡Ea! Ya quedó usted en libertad. Pero le prevengo que, como intente fugarse, le destrozaré el cráneo.

Subieron precipitadamente a cubierta el inspector y el sentenciado a muerte; mas viendo aquél que había partido ya la último de las chalupas, dirigiéndose a Havard, le apostrofó con ira:

—¡Por su culpa nos vemos perdidos! No hay salvación para nosotros.

Dos botes se alejaban, azotados por las olas. Otro, a una distancia de cien metros del «Reina», luchaba por darle alcance.

—Con esa chalupa se va la última esperanza de salvación—pronunció con infinita amargura el inspector.

Havard, imperturbable, replicó:

—Poco sólida me parece la esperanza que cifra en ese frágil barquichuelo.

Pasóse una mano por la frente, y añadió:

—¡Animo, señor Jacquet! Un condenado a muerte no puede perecer en el mar. Yo tendré la satisfacción de salvar la vida a quien pretendió arrebatarla.

El policía quedóse atónito al escuchar a Havard, y éste exclamó:

—¡Diantre! ¡No dije? ¡Mire allá...! Acaba de ser volcada la chalupa en que pensaba usted salvarse... Reconozca, señor Jacquet, que me debe la existencia.

El inspector se tornó lívido. En efecto, la peque-

ña embarcación había sido sepultada por una gigantesca ola, desapareciendo la chalupa y sus tripulantes.

Havard miró fijamente hacia el lugar de la catástrofe, por si veíase flotar el cuerpo de algún naufragio... y, de repente, el prisionero tembló. Acababa de divisar una forma humana luchando con las olas.

—¡Pronto!—rugió—. Es preciso arrancar a la muerte su presa.

Y con rápido movimiento se arrojó con valentía al mar rugiente, embravecido...

El intrépido Havard cortaba como un esquife las gigantescas olas que hinchábanse, haciéndose inmensas, rompiéndose entre si... Avanzaba, se aproximaba al punto donde, de vez en vez, se veía flotar un cuerpo de mujer.

Jacquet, desde la popa del «Reina», miraba con asombro aquella escena.

El brazo vigoroso de Havard acababa de ceñir la cintura de la mujer, y reuniendo el salvador todas las fuerzas, intentó regresar al buque.

Después, ya no se dió cuenta de nada más.

Cuando Havard recobró el conocimiento, las primeras palabras que salieron de sus labios fueron éstas:

—¿Y... la joven a quien salvamos?

—¡Pobre niña!—dijo Jacquet.

—¡Cómo! ¡Ha muerto, acaso?

—No...; pero dudo de que pueda vivir.

Aproximáronse los dos hombres al capapé donde el inspector había depositado el cuerpo exánime de

la naufraga, y uno y otro rivalizaron en hacer cuán-
to humanamente podía hacerse por reanimarla.

No tardó ella en abrir los ojos, y, al ver ante si
dos rostros que no le eran conocidos, balbuceó, dán-
dose cuenta de lo ocurrido:

—¡Gracias! ¡Gracias!

Luego, preguntó:

—¿Y los demás...?

—Nada sabemos—dijo Jacquet.

—¡Oh! ¡qué horrible! ¡qué horrible!

Unos minutos después, volvió a preguntar:

—¿Nadie se ha salvado?

—Usted sola, señorita.

—¿No saben cómo me llamo? Dorotea Fairfax.

—Y ustedes?

—Este señor—respondió Havard—es el inspector
de policía Jacquet. Yo... soy su prisionero: el con-
denado a muerte Francisco Havard...

—¡Francisco Havard! ¡El que...!

No pudo terminar Dorotea la frase.

Transcurrió largo rato y, por fin, abrió de nuevo
los ojos la conturbada joven. Miró a su salvador, y
musitó:

—¡Perdóname! Estaba tan abatida, que al oír de
sus labios que era usted...

—Sí; es bastante desagradable hallarse en medio
del mar con un policía y un asesino...

* * *

El «Reina» se había internado en el mar de los
Sargazos y un viento de occidente seguía empujando
al buque hacia el Este a través de gruesas moles
de algas.



Al regresar allado de la señora Fairfax...

Aquí y allá flotaban escombros, mudos vestigios de desastres acaecidos tal vez en fechas remotas.

—No debe estar muy lejos—dijo Havard—la isla de los barcos perdidos... si realmente existe...

—Pero ¿podremos salir de aquí?

—Milagrosamente, acaso. No hay barco que se aventure a llegar hasta donde nosotros nos encontramos. Los barcos no funcionarían aquí, pues no podrían girar las hélices a consecuencia de las algas.

—¿Nada podemos hacer?—preguntó Dorotea.

—Por el momento, nada absolutamente. Confiar y esperar.

El «Reina» continuaba su marcha lenta, abriéndose camino entre la espesura de las algas.

Sucedíanse los días, y ninguno de los tres supervivientes entreveía el fin de tan extraña odisea.

Sin embargo, los tres se resignaban a sufrir aquella vida que ofrecía tan pocos encantos.

A las dos semanas del naufragio, Dorotea preguntó a Havard:

—¿Le molestaría que le rogase me refiriera detalles de su proceso?

—¡Oh, señorita!

—¿Es usted, realmente, culpable?

—Juro que soy inocente.

—¿Por qué, pues, se le condenó?

—No lo sé. La justicia también se equivoca, por lo visto. Yo, lo que puedo asegurar a usted, es que el día 8 de mayo del año anterior, recibí una carta con estas líneas: «Querido Francisco: Estoy aquí. Urge que nos veamos. No dejes de venir.—Dolores.» Acudí al punto donde se me indicaba. La puerta de

la casa estaba entornada. Llamé; no me contestaron y penetré en la vivienda. De pronto, creí estar soñando. En la habitación hasta donde llegué, yacía en el suelo, ensangrentada, una mujer joven... El espanto me impidió gritar, y, cuando pensé en salir huyendo de aquella maldita casa, vi ante mí a una vieja, quien me arrojó al rostro esta infame palabra: «¡Asesino!» ¿Tiene usted noticia de algo tan absurdo? Cuando supe, más tarde, que un individuo de mi nombre y apellidos era el marido de la víctima, me di perfecta cuenta de todo.

El malvado cometió la felonía de usurpar mi personalidad... ¿Por qué? ¿Quién pudo ser el falso Francisco Havard? He ahí el misterio. El jurado me consideró culpable... Logré evadirme del presidio; mas al llegar a Puerto Rico, a donde fui en busca de alguna prueba que me pudiese favorecer, Jacquet tuvo a bien detenerme... Eso es todo.

El buque siguió avanzando con lentitud durante toda la noche...

* * *

Jacquet fué el primero que, apenas apuntó el nuevo día, subió al puente del «Reina» para contemplar el prodigioso espectáculo de tanta ruina.

Sobre aquella masa informe de armaduras, volaban millares de pájaros, animando con sus trinos el desolador paraje. Dijérase que dormían un sueño de siglos los barcos que inutilizó el incendio o el huracán.

—Bueno— dijo Havard, dirigiéndose al inspector—: ya que hemos llegado a nuestro destino, precisa que tomemos las debidas precauciones. Usted deberá quedarse aquí para cuidar del fuego de la

cocina. Además, el trabajo que vamos a realizar, quizá resulte penoso.

—Bien, me conforme—asistió la hija del millonario—. Pero, *¿y si ocurriese algo extraordinario? Cómo podría avisarles?*

—Si tal sucediese, cosa que no creo, tómese la molestia de mojar ligeramente esta paja y arrójela al fuego: su humo será negro y espeso, y nosotros nos apresuraremos a regresar.

Poco después, los dos hombres, descendieron por la escalera de popa, dejándose caer sobre el puente de la goleta inmediata.

Y emprendieron un viaje más hacia lo ignorado.

Pero con tan mala fortuna para Jacquet, que al saltar de un buque a otro, el inspector resbaló y cayó al agua, dando alaridos de angustia.

Apresuróse Havard a salvar al policía, yendo inmediatamente en busca de una cuerda.

Había perdido toda esperanza de poder hallarse cerca de su prisionero, cuando divisó al ex oficial.

Este, antes de arrojar la cuerda al inspector, creyó oportuno decirle:

—Ya vuelve a depender usted de mí... Le salvare, a condición de que no siga todos mis pasos.

En seguida le arrojó una gruesa cuerda.

Disponíanse a regresar al «Reina», cuando el prisionero se inmóvil súbitamente.

—Humo negro!—dijo—, Jacquet.

Y los dos hombres acudieron en auxilio de su compañera.

Durante la ausencia de Jacquet y de Havard, la señorita Fairfax recibió, primero, la visita de varios manos, y más tarde la de dos individuos que,

sorprendidos, al ver a tan linda joven, se extasiaron largo rato contemplándola.

Dorotea, al advertir la presencia de los dos desconocidos, echó al fuego la paja humedecida, para indicar a sus compañeros que algo insospechado ocurría.

Así, al regresar al lado de la señorita Fairfax sus compañeros y protectores, como vieran a Dorotea sonriente, se tranquilizaron, entablando en seguida conversación con los moradores de la isla, quienes les explicaron la forma en que regíase la «colonía».

—Estamos gobernados—dijo el más viejo, llamado Joyce—, por el capitán que fué de marina, Pedro Forbes, que se proclamó virrey por la fuerza de sus puños.

—¿Y hay mujeres en la isla?—preguntó Jacquet.

—Dos nada más, señor. Una anciana ya, que es mi esposa, y otra, una joven que naufragó hace dos años y que es casada en segundas nupcias.

—¿Se casó aquí?

—Todas las mujeres que llegan a estos parajes, están obligadas a contraer matrimonio en el acto.

—¿Con quién?

—Según. Si al capitán le gusta, con él; si no, con quien demuestre poseer mejores pufios.

Y añadió, mirando a Dorotea y a Havard:

—Menos mal que ustedes, a lo que parece, están casados ya.

—No; no somos matrimonio. La señorita Fairfax y yo permanecemos solteros, y este señor, llamado Jacquet, es casado.

—Pues nuestro capitán Forbes quedó viudo poco
ha—dijo el viejo.

—Y no aguarda para casarse—añadió el más joven—si no a que llegue a esta isla una mujer linda, como...

Dorotea palideció visiblemente.

Havard mordióse nerviosamente el labio inferior.

—¡Cielos! —exclamó— ¡que cosa más extraña!

—Sí, pero es obviado... * * *

—Pero, ¿sabes que el capitán del barco que viene

Todos los habitantes de la isla, con el capitán Forbes al frente, agasajaron a los tres naufragos.

Forbes, pensó; aquella criatura encantadora sería su esposa.

La anciana «Josse» tuvo buen cuidado de advertir a la multimillonaria.

—El capitán—dijo—si averigua que es usted soltera, la obligará a unirse con él en matrimonio.

—¡Eso nunca!

—Pues guárdese de revelar a nadie su verdadero estado...

Forbes, el omnipotente, preguntó a Havard:

—Y a qué ramo de marina se ha dedicado usted especialmente?

—Hoy, un oficial de Marina debe conocer y aun dominar todos los ramos.

—Muy bien; es usted el hombre que yo necesitaba.

—¿Piensa retenernos aquí?

—Por el contrario. Ahora es cuando adquiero el convencimiento de que, por lo menos usted y yo, podremos abandonar la isla.

—¿Y nadie más?

—Naturalmente que alguien más... Iba a dejarme yo aquí a mi esposa...?



El propio capitán Forbes, oficiando de guardián...

—Pero ¿es usted casado?

—Lo seré hoy mismo... con la señorita Fairfax.

Havard le miró colérico, y dijo:

—¿Cree usted posible que ella consienta?

—Viene obligada a acatar las leyes por que se rige la isla.

—Y si se niega?

—¡Bah! El único obstáculo podría constituirlo usted, y de usted el capitán Forbes se libra en el acto... ¡Eh, Gallais!

Havard aprestóse a la defensa; pero súbitamente cayeron sobre él tres hombres y le amarraron fuertemente los brazos.

—No se asuste, señor Havard, que nada desagradable le ocurrirá. Recobrará la libertad pronto; después de la ceremonia... Confórmese y no piense en el suicidio.

Havard vió, con asombro, en un rincón de la celilla donde se le encerró, un aparato de sencillo mecanismo, y abocetó una sonrisa.

—¿Cómo es posible que Forbes no haya pensado en lo que hacía al encerrarme aquí?—se dijo—. ¡Poner al alcance de mi mano un medio de comunicación! ¡Quiera Dios que funcione!

Cogió el prisionero el aparato de telegrafía sencillos, e hizo con él un ensayo... No tardó en obtener contestación.

«Estamos aquí tres supervivientes del naufragio del «Reina»—dijo—. Ruego que avise inmediatamente al multimillonario señor Fairal, a cuya hija obliga el capitán de esta isla a ser su esposa, para que envíe en el acto gente en nuestro auxilio...»

A la mañana siguiente, el anciano Joyce preguntaba al prisionero:

—¿Es usted capaz de luchar con Forbes y vencerle?

—Soy capaz. ¿Por qué lo dice?

—Porque es preciso que impidamos la felonía que va a cometer el capitán. Está empeñado en casarse con la señorita que vino aquí acompañada de usted.

—Falta que lo consiga.

En tanto, Forbes hizo saber a la señorita Fairfax que había decidido hacerla su esposa.

—¿Casarme con usted? ¡Jamás!

—¿No acepta usted?

—¡Nunca!

—Es igual. Dentro de dos horas tendrá efecto la ceremonia...

Había llegado el instante tan temido por la señorita Fairfax.

El puente, adornado con diversas banderas y jaulas doradas, dentro de las cuales gorjeaban, jubilosos, los canarios, era el lugar donde había de celebrarse la ceremonia nupcial.

Todos los habitantes de la isla se habían congregado en aquel punto, y Forbes, elegantemente vestido, dirigió la palabra a sus súbditos:

—Ya sabéis que nuestras leyes—dijo—mandan que toda mujer soltera y llegada a esta isla, contraiga matrimonio inmediatamente con el más fuerte de los que aspiren a su mano. Quien quiera tener por esposa a esa linda joven que se disponga a luchar

conmigo. El vencedor será el afortunado mortal que goce de los encantos de tan divina criatura.

Nadie se movió, ni hubo quien se atreviera a desplegar los labios.

—¡No hay quien quiera disputarme la joven?

—Yo—dijo uno de los presentes, poniéndose fren-
te al capitán.

Pero Forbes echó a rodar, de un puñetazo, al pre-
tendiente.

—¡Cobardes!—gritó Dorotea—. ¡No hay un solo
hombre aquí capaz de defender a una dama...?

—¡Uno hay!—respondió una voz.

Todos se volvieron, sorprendidos, hacia el punto
de donde surgieron tan firmes palabras. Al ver al
oficial Havard, quedaron absortos.

—Yo me siento con fuerzas, capitán Forbes—dijo
el prisionero—de luchar con usted para impedir que
cometa la canallada que se propone.

—¡Ah! muy bien. ¡Aspira a la mano de la seño-
rita Fairfax?

—Aspiro a librarme de sus garras.

La lucha, desde el primer momento, fué terrible.
Forbes atacaba con furia, rugiente de ira. Havard
esquivaba los golpes de su adversario, a quien se
proponía fatigar.

El capitán, en un descanso, dijo, jadeante:

—Ya veo que no es usted un novicio... ¡Mejor!
Así tendrá más interés la lucha.

—¡Reanudamos la pelea?—preguntó, burlón, Ha-
vard.

—Sí; vamos al desenlace.

Atacó briosamente, colérico, ciego de ira el ca-
pitán; precipítose sobre Havard, pero éste, de un

puñetazo en un ojo, arrojó al capitán al agua, por
sobre la borda del buque en que combatían.

—¡Viva el oficial Havard!—gritó uno de los espec-
tadores.

Y estalló un aplauso cerrado, que sonó en los oídos
del vencido a música funeraria.

—Llévese inmediatamente a Dorotea—recomendó
el oficial a Jacquet—. Yo iré en seguida a reunir-
me con ustedes.

Mas, como lo oyera Forbes, que había trepado al
puente de la embarcación, dijo, poniéndose trabaja-
samente en pie:

—Aquí, señor oficial, cumplimos la palabra. Us-
ted es el vencedor, y a usted, por tanto, corresponde
la mano de la señorita Fairfax...

—Yo—dijo Havard—dejo en completa libertad a
la interesada.

—No puede hacerlo.

—Hay que celebrar la boda!—gritaron hasta los
más adictos al capitán.

Dorotea avanzó resueltamente hasta colocarse al
lado del hombre que tan bravamente había de-
fendido, y pronunció con dulzura:

—Señor Havard: acepte lo irremediable... ¡Me
rechazará usted, si le digo que aspiro a ser su com-
pañera eternamente?

—¡Oh, señorita! No creo merecer tanta felicidad...

Media hora después, el propio capitán Forbes,
oficiando de sacerdote, y con el ceremonial acostum-
brado en la Isla de los barcos perdidos, unió con los
indisolubles lazos del matrimonio a la señorita Do-
rotea Fairfax y a Francisco Havard, ambos náu-
fragos del trasatlántico «Reina».



—Si algún hombre intecarse a usted...

III

Después de la ceremonia nupcial, los desposados, se retiraron del lugar donde se festejó tan original enlace.

Havard, a quien Joyce hiciera oportunamente entrega de un revólver, dijo a su esposa, al entrar ésta en el camarote del «Reina»:

—Tome usted esta arma. Si algún hombre, sea quien fuere, intenta acercarse a usted, dispare contra él. Yo, por mi parte, prometo velar su sueño.

Al amanecer, el oficial Havard recibió la grata visita de algunos isleños. Eran sus leales, los que odiaban al tirano Forbes, los mismos que libertaron al ya esposo de la rubia Dorotea.

—Señor—le dijo Joyce—, el capitán y los que defienden su causa, se obstinan en hacer a usted la vida imposible. Es preciso, por tanto, apelar a la huída.

—Pero, ¿cómo?—preguntó Havard.

—Con un submarino. Venga conmigo y podrá exa-

minar si se halla en condiciones de emprender la marcha.

No es para describir la alegría que experimentó en aquel instante el oficial; pero fué todavía mayor cuando, minutos después, convenciendo de que, efectivamente, el submarino se conservaba en buen estado.

Loco de contento, corrió a despertar a Dorotea.

Havard volvió a examinar el «Tiburón». Todo estaba en perfecto estado: los órganos de las máquinas, las bombas, el motor, los acumuladores...

Jacquet se encargó de reunir al matrimonio Joyce y varios habitantes más de la isla, que se ofrecieron incondicionalmente a los que fueron prisioneros de Forbes.

—Prepárense ustedes, si quieren partir con nosotros—les dijo.

Comenzaron los preparativos para la partida.

Llevóse todo a cabo con tal rapidez, trabajaron durante la última noche que pasaron en la isla con tal ahínco, que al rayar el alba, estaba en condiciones el «Tiburón» de ponerse en marcha.

El embarque efectuóse sin la menor dificultad.

Havard, desde el puente, sonreía, adivinando el estado de desesperación en que su rival quedaba, pues una de las balas que desde el sumergible envió al capitán uno de los fugitivos, dejó tan mal herido al sobrino Forbes, que difícilmente contemplaría sus ojos otro amanecer...

Havard también resultó herido. Pero no concedió la menor importancia a tal percance, hasta que se sintió con fiebre.

Mas era necesario huir, alejarse...

Como el canal presentábase completamente libre de algas, dispuso el oficial que fuera sumergido el «Tiburón».

Después de algunas horas de navegación, observó el oficial que el submarino avanzaba con dificultad.

Los sargazos eran tan espesos, que el buque, en algunos momentos, quedaba detenido.

—¿Qué hacemos?—preguntó a Havard, después de poner el motor a una velocidad máxima de ocho kilómetros por hora—. La situación es comprometida. El «Tiburón» no puede atravesar la densa masa de las algas. Si queremos salvarnos, es preciso cortar las ligaduras de los sargazos que impiden la marcha del submarino...

La luz eléctrica se iba apagando poco a poco... La zozobra comenzaba a invadir los espíritus.

—Es preciso salir por el tubo lanza-torpedos. En un santiamén, el policía, armado de una cuchilla, quedó en disposición de ser lanzado al mar.

—¿Listo?—preguntó el oficial.

—Listo. De repente notóse una fuerte sacudida.

—Jacquet cumple a maravilla su función. Acaba de cortar unas ligaduras—dijo Havard—. Ahora otras...

Havard, viendo que la luz en el barco se iba debilitando, quiso, a pesar de su estado, reconocer los acumuladores.

Maniobró hábilmente Havard, y a poco, la luz en el barco se hizo más clara. Renació la esperanza en todos los pechos...

—¡Subimos!—exclamó Joyce.

—¡Estamos salvados!—afirmó el oficial.



El inspector es puro, sonriendo, las esposas...

En efecto: el «Tiburón» había salido a la superficie.

Havard subió al fortín, extendiendo la mirada por la inmensa sabana azul.

A lo lejos distinguió un punto negro que se iba agrandando... agrandando...

De pronto gritó:

—¡Barco a la vista!

Y los pasajeros, locos de contento, subieron al «blokhaus».

Un acorazado avanzaba en dirección contraria a la del «Tiburón».

A poco, una chalupa se aproximaba al submarino...

* * *

Ya sobre cubierta del acorazado la mayoría de los tripulantes del «Tiburón», preguntó Havard al comandante del buque:

—¿Recibió usted mi radiograma?

—Por eso nos apresuramos a acudir en vuestro auxilio.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí: el dignísimo oficial de la marina Francisco Havard.

—Condenado a muerte...

—No; su inocencia ha quedado proclamada.

Y mostrando un periódico, añadió:

—El hombre que usurpó la personalidad de usted, ha caído, por fin, en poder de la Justicia... Llamábase Lanvine...

Dorotea exclamó:

—Gracias, Dios mío!

Y sus brazos fueron a entrelazarse con los del inicuamente inculpado, en tanto el inspector Jacquet poníales sonriendo las esposas...

Y los dos jóvenes gustaron las mieles del primer beso...

(

FIN

